

CUENTOS & CUENTISTAS

William Faulkner, ¿por qué es tan genial y tan difícil?

Cuando le comenté a Mauro Yberra, en plena escalada del cerro San Cristóbal, que estaba intentando escribir algo sobre William Faulkner en tanto cuentista, me retrucó en tono críptico: en alguna ocasión Faulkner escribió “cuando uno se aburre se vuelve infantil, hace tonterías”. ¿Qué quieres decir? repliqué algo picado. Pues que no estamos a la altura para Faulkner, amigo. Estás hablando del padre de toda la narrativa de la segunda mitad del siglo XX; desde ya, los García Márquez, los Rulfo, los Carpentier, los Cortázar, los Onetti y quién sabe cuántos más, son deudores suyos. Borges en persona tradujo *Palmeras salvajes*, dos novelas cortas de 1939, narradas en paralelo... ¿Entonces? seguí irritado. Pues que Faulkner tenía varias obsesiones mayores –siguió Yberra, ebrio a los pocos segundos con su discurso, como le suele ocurrir–, entre ellas la demencia, sobre todo la que proviene de la herencia genética y la obsesión religiosa; los esclavos de las plantaciones, en particular la abominable cópula con mujeres negras y el estigma del mestizaje; las tierras del sur de su país, incluido el paisaje y la naturaleza expoliada; las guerras, la civil y las mundiales, donde se vio comprometido; el estilo literario, y en ello experimentó hasta la desesperación... ¿Te parece poco?, descansó Yberra de su perorata. ¿Qué hace un escritor normal con tamañas obsesiones? Hay que ser un genio para meterse a hacer literatura de ese embrollo.

¿Cuentista Faulkner? siguió implacable al notar mi mudez. Hay varios cuentistas en él. Sabrás que él despreciaba el cuento. Sí señor. Aunque escribió 141 según mis datos. Lo consideraba una forma espuria, para ganar dinero en revistas y periódicos. Después retomó muchos de sus relatos y los convirtió en novelas experimentales, como *Los invictos* (relatos de la guerra civil norteamericana), *El villorrio*, *Desciende Moisés...* Magníficos libros, por supuesto. Sobre todo el último, que contiene la más profunda indagación de Faulkner en las relaciones entre negros y blancos...

A mí me encantó *Los invictos*, lo interrumpí. Creo que su técnica de transformar un conjunto de historias independientes con escenarios y personajes comunes, en este caso los Sartoris, mezclando todo en una especie de novela, está aquí magníficamente logrado. Y ese personaje femenino llamado Drusilla, con su belleza exuberante unida a

sus modos casi masculinos, dispuesta a combatir o robar al lado del coronel John Sartoris, su primo y luego marido, su coquetería insólita, su rebeldía, están entre lo mejor de Faulkner y de toda la narrativa norteamericana. Me permito opinar que aquí hubo una influencia saludable del humilde género de la novela *western*...

Sin escucharme, Yberra prosiguió: Ahora, como de todas maneras lo hacía bien, no le molestaba prostituirse escribiendo cuentos. Después se prostituyó más aún y desperdió varios años de su vida como guionista en Hollywood, emborrachándose y enamorando rameritas de lujo. Cuentos de guerra, eso escribió y de los mejores. En un volumen llamado *Estos trece*, publicado por el año 31, están “Victoria” y “Grieta”, creo que entre los más feroces relatos de la miseria humana a que conduce la guerra, como la traición, la mezquindad, la locura, la mentira, la indiferencia... Cuentos policiales escribió también, nada menos que dos libros completos dedicados al género. Faulkner dejó de lado sus delirios estilísticos y produjo limpias historias de enigma con toques negros. Puedes leer *Doctor Martino y otros relatos* (1934); y sobre todo *Gambito de caballo* (1949), donde hay un detective atípico, el culto Gavin Stevens, licenciado por Harvard y Heidelberg, fiscal del distrito de Yoknapatawpha, tú sabes, el lugar imaginario que Faulkner inventó para construir sus redes familiares, raciales, territoriales y religiosas. Claro –continuó Mauro Yberra embalado–, clarísimo que de allí provienen el Comala de Rulfo, el Macondo de García Márquez, la Santa María del gran Onetti.

Leí *Gambito de caballo* –logré meter otra baza–, me impresiona que a pesar de ser evidentemente cuentos menos complejos desde el punto de vista de la narración (no hay saltos en el tiempo, sucesos paralelos o deformaciones del lenguaje), contienen personajes que se corresponden muy bien con los tipos retorcidos de las grandes novelas...

Yo asociaría ese libro más bien con *Santuario*, que es de 1931 –se volvió a apropiarse de la palabra Yberra–, donde un Faulkner necesitado de plata y consciente de sus capacidades, quiso meterse en la llamada *pulp fiction*, para producir esta novela negra magistral, hito del género. Le costó publicarla por su violencia y obscenidad, aunque al final lo logró. Pero déjame volver a *Estos trece*. Te decía que la primera parte de este libro son cuentos de guerra. Pues la segunda parte (de tres) contiene relatos del distrito de Yoknapatawpha. Hay uno maravilloso titulado “Hojas rojas”, que narra como un grupo

de indios se lanza tras un sirviente negro que se rehúsa a morir, ya que debe ser enterrado con su recién fallecido jefe, tal como lo exige un ritual ancestral. Parece folklore, pero el postmodernismo de Faulkner es implacable. Este jefe en realidad es un mestizo, enriquecido por sus contactos con el mundo blanco y que se ha apropiado de enormes territorios de sus hermanos pieles rojas, importando esclavos negros para trabajarlos. Retoma los personajes en el cuento “Justicia”, y uno queda con ganas de más...

¿Por qué hablas de postmodernismo en Faulkner? lo atacué. Bueno, lo digo de modo un tanto palurdo, replicó Yberra. Resulta que para leer a Faulkner, para entenderlo en la plenitud de su riqueza literaria, lo mejor es revisar algunos ensayos sobre su obra. Y yo tengo un libro titulado *The Cambridge Companion to William Faulkner*, que es del año 1995, y donde se lo analiza desde su triple perspectiva de escritor *realista* (aunque ajeno a afanes revolucionarios), *modernista* (por su visión crítica frente al realismo y su consideración irónica del entorno social y político) y *postmodernista*, por su acercamiento a las formas populares o masivas de narrativa. Debo acotar que los profesores de Cambridge no analizan allí específicamente los cuentos, pero se barajan enfoques interesantes sobre su obra.



Y bueno, hasta aquí llegamos con nuestra conversación. Mi amigo y colega en la literatura Mauro Yberra me dejó más confuso que antes. Pero tengo claro que para leer a William Faulkner hay que prepararse; y cuando uno acomete la tarea, es altamente gratificante. No quiero terminar sin dejar de mencionar dos libros de cuentos suyos poco conocidos. Uno es una recopilación de sus relatos tempranos, *Historias de Nueva Orleáns* (1925) que contiene textos de cuando el joven Faulkner vivió en esa ciudad haciendo periodismo, dibujando, dedicándose a la bohemia y viajando¹. De allí he seleccionado un minicuento (*sketch* lo llama el autor) y una ilustración para acompañar esta nota, y donde se revela su ansia por expresarse artísticamente. Y el otro libro se titula en traducción *Relatos*²; sin embargo corresponde a una recopilación de los cuentos dispersos de William Faulkner, publicados en distintas épocas, y donde están además las versiones originales de los textos incorporados después en sus novelas.

¹ Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1964.

² Editorial Anagrama, Barcelona, 1990.

El artista

Sketch de William Faulkner

Un sueño y un fuego que no puedo dominar, que me apartan de esos cómodos y lisos caminos de solidez y sueño que la Naturaleza ha decretado para el hombre. Un fuego que he heredado queriendo o no queriendo y que debo alimentar con palabras y juventud y con el mismo vaso que lleva el fuego: la serpiente que se nutre de su misma especie, sabiendo que jamás podrá dar al mundo lo que dentro de sí clama por ser liberado.

Porque ¿dónde está esa carne, dónde esa mano viva que dé forma, en mármol o en sonido o en lienzo o en papel a este sueño que alienta dentro de mí? ¿Qué soy yo también sino un trocito informe de tierra mojada, nacido del dolor, que ríe y lucha y llora, sin hallar paz hasta que la humedad desaparece y una vez más es polvo eterno y original?

Pero ¡crear! ¿Quién de entre vosotros que no posea ese fuego interior podrá conocer esa alegría, por fugaz que sea?

(Traducción de Francisco Elías)

Dibujo de W.F.

